

LA INFLUENCIA DE LAS ESTRELLAS

por Francisco-Manuel Nácher

Se dice por los astrólogos que la carta natal de cualquier recién nacido es una especie de instantánea en la que aparecen, por un lado, las tendencias positivas y, por otro, las negativas, ambas con una serie de posibles ayudas o frenos para su materialización en actos.

Nos dicen también que figura en esa instantánea, igualmente, la deuda de destino madura, es decir, lo que no se podrá evitar, lo que acaecerá fatalmente. Pero que, en todo lo demás, el nativo es libre, ya que puede o no hacer caso de sus tendencias, positivas o negativas, y usar, según le plazca, las ayudas o los frenos con que cuenta en su carta natal.

Y añaden aún que, cuanto más evolucionado espiritualmente es un hombre, menos se parece su vida a lo que su carta natal hacía suponer, mientras que la vida de un salvaje incivilizado se ajustará, casi al pie de la letra a lo previsto por sus estrellas.

Concluyen de todo ello que “las estrellas nos impelen” en determinadas direcciones pero, en modo alguno, “nos compelen”, pues el hombre es libre y la libertad es sagrada y las estrellas, que no son sino los cuerpos de exaltadísimos espíritus, la respetan escrupulosamente.

Se nos explica también que, en el momento de nacer, al realizar la primera inspiración pulmonar de nuestra vida, queda grabado indeleblemente en el éter reflector y, por tanto, en el átomo simiente del cuerpo físico, el mapa del cielo en ese instante, con todas las instrucciones en él contenidas. Por eso “*no soy así porque nací en tal lugar, día y hora*”, sino al revés: “*nací en tal lugar, día y hora porque tenía que ser así*”, es decir, como mi propio esfuerzo, en vidas anteriores, me ha configurado.

Y uno no puede por menos de preguntarse: Si la libertad es sagrada, ¿por qué nos han de “impeler” las estrellas? El impelernos supone una actuación sobre nuestra libertad que, en los retrasados

espiritualmente y, por tanto, débiles de voluntad, ha de dar por resultado lógico el que no puedan usar de esa libertad.

Para ver el asunto más claramente, utilizaremos un ejemplo que a todos nos resultará familiar: El del pastel en la puerta de una escuela.

¿Qué ocurrirá con ese pastel cuando los niños salgan del colegio? Lógicamente, - piensa uno a bote pronto - que se lo comerán. ¿Y, por qué se lo comen? Aquí, uno ya empieza a dudar para responder. Porque, ¿el pastel ha hecho algo, aparte de ser pastel y emitir permanentemente las vibraciones que le son propias de forma, olor, sabor, color, etc. que los sentidos de los niños perciben? No. Rotundamente, no. El pastel ha estado allí desde antes de salir los niños del colegio, y ha estado siempre siendo el mismo y emitiendo las mismas vibraciones. Entonces, ¿por qué se lo han comido? Indudablemente, la causa debe de estar en los niños. Y, ¿qué puede haber ocurrido en los niños que les haya hecho comérselo? Lo único que puede haber ocurrido es que, al percibir esas vibraciones, al darse cuenta de que aquello era un pastel, los niños a los que les gusta el dulce - y que, por tanto, poseen en sus vehículos vibraciones similares a las del pastel - se han sentido atraídos por ellas, han creado un deseo de comérselo, han convertido ese deseo en acto y se lo han comido. Porque, ¿qué ha ocurrido con los que no les gustan los pasteles? Que no han comido. ¿Y por qué? Porque no poseen en sus vehículos vibraciones similares a las del pastel - y, por tanto, no han sido despertadas - , y no se sienten atraídos por ellas. Pero, no cabe duda de que también han percibido el color, el olor y la forma del pastel, así como su presencia allí.

No podemos, pues, afirmar que el pastel ha “compelido” a los niños a comérselo. Eso está claro. Pero, ¿podemos decir que los ha “impelido” a hacerlo?

Desde el momento en que el pastel no ha hecho movimiento ni ha desarrollado ninguna actividad y, en cambio, los niños sí, no hay más remedio que reconocer que lo único que ha sucedido es que los niños a los que les gusta el dulce, es decir, que poseen esa vibración en su ser y se les ha despertado al percibir el pastel, han sentido la tentación de comérselo y, haciendo uso de su libertad, se lo han comido. O no. Porque puede haber niños a los que les guste el dulce, que posean esas vibraciones en sus vehículos y se les hayan despertado pero que, obedeciendo una orden de sus padres de no

comer nada en la calle, por ejemplo, ejercitando la misma libertad, no hayan comido lo que les gustaba. Y puede haber otros que, como no tenían esa vibración, no se han sentido atraídos y, por tanto, en uso también de su libertad, pero ayudados por su propia configuración, tampoco han comido.

El pastel, pues, ni ha compelido ni ha impelido. Simplemente., ha sido él, ha lanzado su vibración a los cuatro vientos. Y todos la han recibido. Pero unos han caído y otros, no.

Pongamos otro ejemplo: Cuatro amigos hacen una excursión por el campo un domingo. Todos caminan el mismo tiempo, por los mismos sitios y van vestidos iguales. Pero, al día siguiente, uno de ellos tiene una insolación, otro se ha puesto moreno, el tercero está como un cangrejo de rojo y el cuarto está como si no le hubiese dado el sol. No cabe duda de que el sol ha sido el mismo; los rayos recibidos, los mismos; la duración de la exposición, la misma. ¿Qué es, pues, lo que ha hecho que cada uno reaccione de modo distinto a esa exposición al sol? Sencillamente, su sensibilidad a los rayos solares. Uno es muy sensible a ellos, otro lo es menos, el tercero, menos aún y el cuarto no lo es a ese tiempo de exposición. ¿Podemos decir que el sol les ha compelido o impelido a reaccionar así? ¿No será más exacto decir que el sol, lo único que ha hecho ha sido INCIDIR sobre todos ellos con la misma intensidad y, luego, cada uno, ha reaccionado según su propia constitución, es decir, según sus propias tendencias?

Pues lo mismo ocurre con los demás astros: que, en todo momento, respetan la libertad, igual que el pastel e igual que el sol de los excursionistas y que cualquier cosa, circunstancia, situación o acontecimiento que se cruce en nuestras vidas.

En vista de lo que antecede, podemos ahora reconstruirlo todo:

Nosotros, como consecuencia de nuestras vidas anteriores, hemos alcanzado un determinado grado de evolución, unas capacidades, unas facultades, unas carencias, unas inclinaciones, unas fobias y unas filias determinadas.

Poco antes de renacer, hemos escogido un esquema de vida, entre varios, - o se nos ha asignado, si no estábamos lo suficientemente evolucionados espiritualmente - en el cual prevemos pagar ciertas deudas, cobrar ciertos créditos, corregir ciertas

tendencias, etc., quedando para otras vidas otros aspectos de nuestra evolución que no queremos o no podemos acometer.

Decidido, pues, nuestro esquema de vida, nos lanzamos a la aventura de protagonizarla en el mundo físico. ¿Y qué ocurre en el momento de nuestra primera inspiración? ¿Que las estrellas nos impelen, o sea, que el pastel o el sol nos impele? No. Lo que hacen las estrellas - que son las apropiadas para que, como consecuencia de la atracción que sentimos por ellas, nazcamos con las características deseadas, y que han sido escogidas por los Señores del Destino con ese fin - lo que hacen las estrellas, digo, es, simplemente, emitir sus vibraciones con la intensidad, inclinación y duración de ese momento, sin preocuparse de quién las recibe. Como el pastel y el sol dominguero. Lo que ocurre es que las vibraciones de la misma categoría existentes en nuestro átomo simiente son despertadas por ellas y “ascienden a la superficie”, se hacen manifiestas, se conforman como un duplicado del mapa estelar del momento, y serán luego las que regirán nuestra vida desde ese instante.

Las estrellas, pues, no necesitan estar toda la vida pendientes de cada uno de nosotros y actuando de modo consciente. Seremos nosotros los que actuaremos cada día, en cada momento, en base a la sintonía de nuestras propias vibraciones con las suyas. Así que, no será Marte el que nos incline a obrar, sino nuestras vibraciones marcianas despertadas por Marte. Ni será Saturno quien nos limite, sino nuestras propias limitaciones, despertadas por Saturno. Nunca los astros, que son totalmente imparciales y derraman su vida sobre todo el universo - el sol sale para todos por igual - sino siempre nosotros, exteriorizando o no, en cada momento, lo que tengamos de vibración simpático con la estelar, los responsables de nuestros actos.

Lo más que podemos decir, pues, de las estrellas no es que nos “impelen” sino, en todo caso, y de una manera involuntaria y no consciente, que nos “despiertan ciertas vibraciones o tendencias”, pero somos nosotros los que caemos o no en esa tentación inconsciente, y obramos o nos abstenemos de obrar.

¿Y por qué hemos de obrar en la vida? Ésa es la clave de la evolución: Nosotros somos células de Dios, centros de conciencia suyos, que estamos investigando mundos y especializando - espiritualizando - sustancias para que Él pueda evolucionar. Por tanto, para ello, nosotros hemos de ir desplegando en esos mundos, aún

desconocidos, nuestras potencialidades y, como hace la flor, “desenrollarnos”, salir de nuestro ser interior y plasmarnos fuera.

¿Y qué ocurre cuando nos plasmamos fuera, en el mundo físico? Que es como si nos mirásemos en un espejo. ¿Y qué ocurre si, al mirarnos a un espejo, nos vemos desaliñados, sucios e impresentables? Que tendemos a lavarnos, a asearnos y a corregir nuestra apariencia. Pues precisamente eso es lo que hacemos al vernos en el espejo del mundo, de la vida. Porque en ella nos manifestamos tal como en realidad somos. Y, si no fuera por ese espejo que nos refleja nuestro propio ser, no podríamos percatarnos de nuestras carencias y tratar de corregirlas y, con ello, evolucionar.

¿Y qué ocurre con los animales y con las plantas y con los minerales? Pues, lo mismo: Todos ellos son mónadas, semillas de Dios como nosotros, que contienen, en potencia, no manifiestas, todas Sus posibilidades. Y esas posibilidades, en forma de vibraciones, son las que, en el momento de nacer, son extraídas a la luz, a la manifestación y a la vida activa, al sentirse atraídas por las vibraciones de los astros que les resultan armónicas. Pero los astros, en realidad, no hacen nada más. Todo está y sale de nuestra mónada.

Es lo mismo que ocurre con el escándalo: Una persona hace o dice algo que muchos oyen o ven. Y unos se escandalizan y otros, no. ¿Por qué? ¿Se debe al escandalizador? No. Se debe a que los escandalizados poseen en su interior, latentes, las vibraciones en que consiste ese acto escandaloso, y se han sentido atraídas por las del escandalizador, y han salido a la superficie de sus almas. Y los que no las poseen, los que ya las eliminaron, aunque han percibido el hecho “escandaloso”, no se han visto afectados ni, por tanto, atraídos por el escándalo, y no se han escandalizado.

Recordemos aquella relativamente reciente sentencia judicial que absolvió a un procesado por acoso sexual porque el juez estimó que la ultrajada, por el hecho de vestir minifalda, provocaba al agresor y, por tanto, era la culpable, y éste era el inocente. Por eso aquella sentencia causó sensación. Porque el juez consideró que ella había impelido al otro a ultrajarla. Y eso era totalmente ilógico y sólo manifestaba una deformación moral del juez en cuestión. Siempre es el mismo mecanismo.